

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

# **La identidad en exilio. La encrucijada de la lengua a partir de una situación clínica.**

Guillen, Julio.

Cita:

Guillen, Julio (2023). *La identidad en exilio. La encrucijada de la lengua a partir de una situación clínica*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/560>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/7tU>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# LA IDENTIDAD EN EXILIO. LA ENCRUCIJADA DE LA LENGUA A PARTIR DE UNA SITUACIÓN CLÍNICA

Guillen, Julio

Université Catholique de Lille - Etablissement Publique de Sante Mentale Agglomeration Lilloise. Lille, France.

## RESUMEN

En esta comunicación presentamos, tomando como punto de partida una situación clínica particular, una reflexión sobre las condiciones de tratamiento de pacientes inmigrantes que consultan en un Centro Médico-Psicológico en Francia. Se interrogará la noción de “identidad” y se propondrán, de un punto de vista psicoanalítico, algunos elementos fundamentales, como la continuidad y la invariancia, que permiten tomar en cuenta no solamente la complejidad propia a todo éxodo migratorio, sino aquella que representa la pluralidad lingüística en los intercambios.

## Palabras clave

Psicoanálisis - Identidad - Lengua - Exilio

## ABSTRACT

IDENTITY IN EXILE. THE CROSSROADS OF LANGUAGE IN A CLINICAL SITUATION

In this paper we present, taking as a starting point a particular clinical situation, a reflection on the conditions of treatment of immigrant patients consulting in a Medical-Psychological Center in France. The notion of “identity” will be questioned and, from a psychoanalytical point of view, some fundamental elements will be proposed, such as continuity and invariance, which allow us to take into account not only the complexity inherent to any migratory exodus, but also the complexity represented by the linguistic plurality in the exchanges.

## Keywords

Identity - Psychoanalysis - Language - Exile

En los últimos años, en los centros psicológicos europeos, especialmente en Francia, las consultas de pacientes provenientes de distintos países de Europa del Este, África y Medio Oriente, han registrado un extraordinario aumento. Es así que en nuestras consultas nos encontramos frente a pacientes que no hablan francés, lo que requiere recurrir a intérpretes e incluso, en algunas ocasiones a familiares o conocidos. Como sabemos, el psicoanálisis, más específicamente aquel que se fundamenta en los trabajos de J. Lacan que será el marco teórico de referencia de nuestra presentación, apunta hacia la división del sujeto, a diferencia de la psicoterapia e incluso a ciertas corrientes del psicoanálisis. En efecto, el centro de interés del tratamiento no es la comunicación, el intercambio de información — como

podría serlo para un asistente social, un educador terapéutico, un psicoterapeuta o un enfermero — sino que el lenguaje, la lengua y la palabra, que deben ser distinguidas rigurosamente entre sí, poseen un estatuto particular que permite desplegar la dinámica deseante. No se trata entonces de proceder al fortalecimiento del yo o a la mejora de la autoestima, sino de mantener la apuesta del posible surgimiento del sujeto en el marco de una dinámica transferencial.

Es evidente, sin embargo, que los problemas prácticos están allí, que en el momento de recibir un paciente extranjero, la cuestión de la lengua en que se desarrollará el tratamiento debe encontrar una vía de resolución, aunque sea precaria.

Aunque la “identidad” no forma parte del núcleo de nociones fundamentales del psicoanálisis, creemos que es una noción significativa en términos de las presentaciones clínicas, que además forma parte de la *doxa* de la psiquiatría clásica en su vertiente descriptiva. Muchas veces escuchamos a nuestros colegas en la institución hablar de “trastornos de la identidad” en general o, más específicamente, de “trastorno disociativo de la identidad”.

Volviendo a las consultas de pacientes extranjeros que evocábamos al principio, en muchos casos se trata de inmigrantes, de personas que huyen de situaciones de guerra, de persecución, de extrema violencia y que en algunos casos llegan a la consulta habiendo vivido episodios al límite de la supervivencia, perdidos en diferentes países.

Consideramos que esta cuestión de la identidad es un punto crítico para poder interrogar la delicuescencia de la subjetividad y para proponer, en ciertos casos, una orientación posible al tratamiento y evitar que quede atascado en un embrollo plurilingüístico.

Es a partir del caso de Zair, paciente que recibimos durante aproximadamente seis meses en el centro médico-psicológico, que desplegaremos una interrogación sobre la acogida de pacientes extranjeros en el centro y también sobre sus posibles efectos subjetivos.

¿Es posible afirmar que la identidad tiene un carácter ontológico, que se refiere a un núcleo, a un sustrato que se encuentra en lo más profundo de un ser individual y que lo hace único? ¿Corresponde a un conjunto de valores o características medibles que lo identificarían de manera única? ¿Puede ser asimilada a un dato biológico como el ADN?

Aunque se trate de preguntas lícitas, en el campo del psicoa-

nálisis, esta cuestión como cualquier otra, sólo cobrará sentido si se parte de la palabra particular de alguien en el marco de la consulta. En estas condiciones, podrá generarse una tentativa de formalización de los fenómenos clínicos a partir del caso, tal como lo definen Passeron y Revel : “es la configuración original de un conjunto de hechos o de normas cuya irreductible heterogeneidad interrumpe el movimiento habitual ...” (Passeron & Revel, 2005).

Puede afirmarse, como dijimos previamente, que la identidad no es un concepto fundamental del psicoanálisis. Sin embargo, puede considerarse como una noción que permite a cada individuo — y también a los otros con quienes está en relación — situar una unidad que se mantiene constante, una permanencia que hace que alguien sea siempre el mismo a medida que pasa el tiempo. Evidentemente, las coordenadas fundamentales de la identidad deben situarse en primer lugar respecto a la dimensión Imaginaria, en el sentido Lacaniano del término, en referencia a aquello que hace Uno, que designa la totalidad, la completitud y, en segundo lugar, respecto a la dimensión Simbólica, en relación con la identificación a un trazo en el marco de la lógica significante. Seguramente, la dimensión Real es la más difícil de caracterizar en relación a la noción de identidad, pero debe recordarse que lo Real no puede concebirse desligado de los otros dos registros. Probablemente, la vía adecuada para establecer el vínculo con la identidad es considerar lo Real en términos de *singularidad*[1], y también, como lo propone Jean-Jaques Gorog (Gorog, 2008), como un modo único de goce para cada uno; pero no nos detendremos sobre este aspecto en esta comunicación. Lacan ha trabajado la identidad en términos formales, interrogando la cuestión de la igualdad y la diferencia en lógica y en matemáticas a partir de los trabajos de B. Russell en su seminario sobre la identificación (Lacan, 1961, lección del 15 de noviembre de 1961). Finalmente, la identidad no deja de ser un anudamiento posible que confiere cierta consistencia, como lo afirma Clotilde Leguil: “La identidad en psicoanálisis puede pensarse como una relación singular a la existencia a través de nuestro síntoma” (Leguil, 2019).

Dos nociones pueden ayudarnos a caracterizar la relación primordial entre identidad y cambio: la continuidad y la invariancia. La continuidad supone la idea de algo que no está recortado, segmentado. Recordemos que la continuidad en el tiempo es un elemento fundamental para definir la identidad: continuar siendo el mismo. En este sentido, Henri Bergson introduce la idea de *duración* como irreductible a la superposición de momentos aislados: “El ser vivo dura esencialmente, dura, justamente porque elabora sin cesar algo nuevo y porque no hay elaboración sin búsqueda, no hay búsqueda sin tentativas. El tiempo es esta hesitación en sí misma, o no es nada.” (Bergson, 1934).

Respecto a la invariancia, podemos referirnos al concepto matemático de transformación. Un invariante es un valor que permanece idéntico luego de una transformación — recordemos el carácter central de las leyes de conservación en física y el

rol fundamental de los invariantes para caracterizar un sistema. Así, respecto a estas dos nociones, podemos situar las fallas de la identidad como una ruptura en la continuidad pero también como la desaparición de un invariante que hasta ese momento operaba como signo de identidad. Aclaremos sin embargo que estos invariantes a los que nos referimos, son invariantes *para alguien*. No se trata de variables objetivas como la imagen “fotográfica”, las huellas digitales o la secuencia ADN.

Es importante recordar, aunque parezca evidente, que la pregunta sobre la identidad se formula en *palabras* y por lo tanto supone la operatividad del Otro, tesoro del significante. De este modo, la pregunta ¿quién soy? debería escucharse como un pedido dirigido a algún otro: “dime quién soy”. Nos encontramos aquí frente a la paradoja ineluctable que supone esta pregunta, aquella de la alienación necesaria para posicionarse como sujeto. Esta aparente antinomia fue analizada por Lacan en el Seminario XI, a partir de la dialéctica entre alienación y separación (Lacan, 1964).

Así, el problema de la identidad, lejos de ser una problemática introspectiva de autoconocimiento, de descubrimiento de su propio “ser”, hace necesario recurrir a la figura del Otro. Es entonces en la palabra del paciente que la pregunta, expresada de diversos modos, insistirá en las sesiones: “no me reconozco”, “nunca actué de esa manera”, “estaba fuera de mí”. Se manifestará entonces como un sufrimiento y, sobre todo, como una repetición enigmática de lo que hace sufrir, allí donde el paciente no puede reconocerse.

La frase que Zair pronuncia en un momento del tratamiento: “*Here... there... I am nobody and I am nowhere*” (*Aquí ... allí ... no soy nadie y no estoy en ninguna parte*), revela de manera escandalosa la paradoja propia a la identidad que necesita la continuidad del movimiento, como lo decía Bergson, y al mismo tiempo lo olvida en favor de una forma fija que representa un sustrato invariable.

Zair vive en movimiento. Es un hombre de unos cincuenta años que debió abandonar su país en el Medio Oriente debido a las amenazas que pesaban sobre él, tanto por sus creencias como por su oposición a plegarse a las consignas de una policía corrupta que, en lugar de protegerlo, estaba de acuerdo con sus agresores. En los últimos años, Zair había visto morir a su padre en un atentado y a su hermano de un disparo. Después de su partida, vivió en diferentes países de Europa, siempre con un estatuto precario. El último país en que estuvo viviendo durante cuatro años había endurecido sus leyes de expatriación y es así que él decidió venir a Francia, país con el que soñaba por sus paisajes. Una vez llegado, pidió a las autoridades el estatuto de refugiado y, en el momento del tratamiento, el trámite estaba ingresado desde hacía más de un año.

Lo que motiva su venida al Centro Médico-Psicológico es un estado de angustia que se había acentuado y cuyos principales síntomas eran un sueño entrecortado e insuficiente, poblado de pesadillas, una necesidad compulsiva de encerrarse bajo llave

en la pieza de su departamento compartido y un sentimiento de gran inseguridad asociado a la impresión, algunas veces, que lo están siguiendo.

Zair habla un inglés correcto, lo que le permite expresar sus ideas con cierta sutileza. En esa lengua le dice al psiquiatra que lo ha visto algunas veces, que quisiera hablar con alguien para entender y hacer algo con su malestar que se ha intensificado en los últimos meses. Es entonces que comienzo a atenderlo.

En nuestros encuentros hablamos una lengua, el inglés, que no es mi lengua materna y sobre todo que no es tampoco la suya. Su situación actual es completamente inestable: no tiene trabajo, vive en un alojamiento comunitario, no habla francés y no puede inscribirse en un curso de idioma, aunque se ha acercado a una asociación en que enseñan algunos rudimentos prácticos de la lengua para desenvolverse con las administraciones. Zair tiene algunos “camaradas” pero no tiene amigos porque, según él, la barrera de la lengua le impide acercarse a los otros, que es, sin embargo, su tendencia natural.

A lo largo de las sesiones me relata la partida precipitada de su país. Un día, es secuestrado por una banda que “dicta la ley en su barrio”. Le ponen una bolsa en la cabeza, lo llevan a un campo fuera de la ciudad donde lo golpean, lo humillan y le dicen que si no paga para tener su negocio en el centro lo van a matar. Luego lo llevan a la ciudad y lo abandonan cerca de su negocio. Zair está decidido a no ceder. Pero, cuando su madre se entera de lo que ha pasado, le dice llorando que tiene que irse, que si lo matan, ella se morirá. Es este pedido, esta súplica la que lo hace dejar todo y partir.

Luego de escuchar su relato, le pregunto qué es lo que en todo esto le resulta insoportable. Me sorprende diciendo que no son los golpes, las heridas o el miedo que sintió. Es un momento en que sus secuestradores orinan sobre él y le dicen: “no sos nada, ni siquiera un perro”.

Esta frase se abate sobre él con una violencia aplastante. En ese momento me mira a los ojos y casi gritando me dice: “*Do you understand ? I was not a human, nothing ! not even a dog !*” (*¿Entiende ? ya no era humano, nada !.. ni siquiera un perro!*). Puede admitirse aquí la existencia de un momento crítico de disolución de la identidad, ese instante, frente a la muerte posible y quizás inminente y frente a esos otros para los cuales él no es nada. ¿Qué le quedaba entonces para *continuar* siendo alguien? Zair había encontrado una respuesta: enfrentarlos y no ceder a sus condiciones, poco importaban las consecuencias. Pero no había previsto la reacción de su madre y su súplica, que no solamente eliminaron esa alternativa, sino que lo lanzaron en una deambulación sin rumbo.

Esta deambulación geográfica, Zair la reproduce en las calles de nuestra ciudad, donde camina con la cabeza gacha, sin saber dónde va, con una especie de neblina delante de los ojos que le hace ver todo gris. Lo único que quiere es “tener una vida normal, tener un trabajo, amigos, quizás encontrar una mujer para formar una familia”.

Como dijimos, existen ciertas condiciones de base para que la “función identidad” de la que hablábamos pueda existir: la continuidad, la invariancia y el lazo al O(otro). Podríamos declinar estas condiciones en sus dimensiones psicológicas, sociales y aún biológicas: la persistencia de la memoria, la imagen de sí mismo, el estado civil, la pertenencia a una familia, el funcionamiento cortical. Sin embargo, de un punto de vista clínico, el elemento fundamental para situar la disolución de la identidad es aquel en el que el “yo” vacila en su relación a la enunciación y en el cual la falla estructural, propia a toda identidad, se revela. Como lo decíamos anteriormente, los lazos al otro y al Otro son en este punto decisivos. Puede buscarse alguien que dé testimonio de que no hemos dejado de ser y, sobre todo, que no hemos dejado de ser *siempre el mismo*. Pero se busca sobre todo la consistencia del Otro a través de las palabras que pueden amarrarnos, retornar a una forma estable sin borrar en esta maniobra la condición móvil del sujeto deseante: ni la disolución total propia al movimiento, ni la rigidez de la petrificación.

En la historia de cada uno de nosotros existen siempre puntos de falla, de vacilación, que hacen surgir esta paradoja, seguramente no son tan dramáticos como los de Zair. Nos recuerdan que la división subjetiva es estructural, vuelven manifiesto el engaño de una identidad que se supone sin fallas e independiente de los otros.

Del punto de vista del psicoanálisis, la identidad como unidad imaginaria reposa sobre el registro simbólico y el derrumbe de la identidad está necesariamente ligado al desgarro del Otro.

Respecto a la palabra, este instante de falla puede concebirse como la ruptura del semblante de comprensión propio a todo ejercicio de la lengua que deja entrever *lalengua*, neologismo inventado por Lacan en sus últimos seminarios, que indica una zona más allá de la lengua entendida como espacio de significación compartida. En 1973, Lacan dirá: “Lo que sabemos hacer con *lalengua* sobrepasa ampliamente aquello que puede explicarse a título del lenguaje” (Lacan, 1972, lección del 26 de junio de 1973).

Cuando hablamos en nuestra lengua materna, olvidamos los márgenes nebulosos de la palabra, olvidamos el pacto social de la significación que nos sostiene y que sutura el hiato, postulando que la significación es unívoca y compartida. Pero *lalengua* es siempre particular, conserva, más allá de toda convención propia al Otro como tesoro del significante, la marca única de la entrada traumática en el lenguaje: una corporeidad, una materialidad, una sonoridad que son únicas.

Sin dudas, la frase que los secuestradores arrojaron a Zair, la frase que lo golpeó y que me “comunicó” en inglés, fue pronunciada en su lengua materna. Si duda alguna, movilizó toda la red cultural propia a su lengua; más aún, movilizó su propia historia, *lalangue* anclada en sus primeras experiencias infantiles. Recordemos que luego de su secuestro, Zair decidió enfrentar a sus agresores, sin hesitación. Rechazaba dejarse dominar o dejarse imponer una ley violenta y arbitraria (¿no es este el traumatismo

propio a toda vida humana?). Sin embargo, el llanto, la súplica de su madre — ¿cuáles fueron sus palabras?, ¿cuál fue el tono de su voz entrecortada por el sufrimiento? — diciendo en su propia lengua que, si lo mataban, ella moriría también, hicieron que se arrancara de su barrio, de su país, de su negocio, de sus amigos y que se transformara en un vagabundo dominado por la incertidumbre y la angustia.

No cabe duda de que el hecho de hablar en una lengua que no es la Zair ni la mía durante las sesiones conlleva múltiples preguntas, comenzando por la hipótesis de la construcción de un punto de identificación de base: ambos somos inmigrantes, extranjeros a la lengua que se habla en la institución y, aún más, cada uno de nosotros extranjeros a la lengua materna del otro. Al menos cuatro lenguas distintas entran en juego en este caso. Sin duda, ninguno de nosotros encontrará la palabra justa. Extrañamente, lo mismo ocurre cuando los interlocutores comparten la lengua materna. Todos somos extranjeros en nuestras propias lenguas y cuando este punto de *extimidad*[2] aparece, ninguna explicación será de utilidad y, si aparece, será en el tiempo de *après-coup*. Zair tuvo la oportunidad de desplegar su historia y no frente a un empleado público, a un médico, a un asistente social. Es lo específico de quien orienta su posición a partir del psicoanálisis, se trata de alguien que acoge una demanda teniéndose al margen de toda atribución de saber absoluto, dando un paso de lado para abrir el espacio-tiempo de la transferencia, poniendo en juego precisamente la diferencia entre el otro y el Otro.

En el centro médico-psicológico se trabaja en equipo y varios recursos fueron movilizados en el acompañamiento de Zair paralelamente a nuestros encuentros, haciendo que pudiera adquirir un estatuto que le permita trabajar y proyectarse de manera mínimamente estable en un futuro próximo. Zair se ha ido a otra ciudad de Francia. En una de sus últimas sesiones me dirá: “*You are so smart!*” e inmediatamente agrega “*Your shirt, your shoes... I didn't see them before... now I can see, I walk on the street looking in front of me*” (*Es usted tan elegante... su camisa, sus zapatos... no los había visto antes... ahora los veo, camino en la calle mirando de frente*). Más allá de la significación del mensaje que me dirige, del halago que hay en juego que puede leerse en la dimensión imaginaria de la transferencia (“Smart” significa elegante, pero también inteligente), Zair viene a decir algo de su propia mirada y no tanto del objeto al que ella se dirige; sobre todo, viene a decirlo en el espacio “habitual” de su sesión hebdomadaria y a decírmelo a mí. El me ha contado su historia, puede suponer que sé de qué está hablando. Es el mismo que ha huido de su país para preservar la vida, no la suya, sino la de su madre, es el mismo que ha errado por los países europeos, el mismo de las pesadillas y de las angustias. Y, sin embargo, en ese momento viene a decirme que aunque pueda reconocerlo por todo esto, él ha cambiado.

En cierto modo, frente a la dilución de la identidad, frente al instante de inconsistencia absoluta, la presencia del analista opera

como punto de atracción, promesa silenciosa de retorno *del Otro y al Otro*. Sin retroceder frente al sin-sentido propio de lo humano y a su Babel de lenguas, la operación del analista genera un espacio-tiempo para urdir un sentido posible, nuevo, distinto, que permite en ciertos casos reanudar la continuidad de un movimiento sin precipitarse en los extremos de la disolución de la identidad o el de su petrificación.

#### NOTAS

[1] Hemos trabajado la noción de singularidad en relación al infinito en la obra de Lacan en el XIV Congreso Internacional de Investigación y práctica en Psicología (Guillén, 2022)

[2] Lacan introduce el neologismo *extimidad* en su seminario sobre la ética del año 1969 para designar de manera paradójica aquello que es a la vez lo más extranjero y lo más íntimo del sujeto (Lacan, 1959, lección del 10 de febrero de 1969).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bergson, H. (1934). *La pensée et le mouvant* (Flammarion).
- Gorog, J.-J. (2008). L'identité est « de l'Autre ». *Champ Lacanien*, 6(1), 59-65. <https://doi.org/10.3917/chla.006.0059>
- Guillén, J. (2022). *El infinito como encrucijada clínica. Una vía heurística a partir de los desarrollos de J. Lacan*. XIV Congreso Internacional de Investigación y práctica en Psicología, Buenos Aires. <http://jmemorias.psi.uba.ar/>
- Lacan, J. (1959). *Le Séminaire VII L'Éthique de la psychanalyse*. Le Seuil.
- Lacan, J. (1961). *Séminaire L'identification*. Inédit.
- Lacan, J. (1964). *Le Séminaire Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. (J.-A. Miller, Éd.). Éd. du Seuil, 1992.
- Lacan, J. (1972). *Le séminaire?: Livre XX. Encore* (J.-A. Miller, Éd.). Éd. du Seuil, DL 1999.
- Leguil, C. (2019). Le sujet Lacanien, un «?Je?» sans identité. *Astérior. Philosophie, histoire des idées, pensée politique*, 21, Article 21. <https://doi.org/10.4000/asterion.4368>
- Passeron, J.-C., & Revel, J. (2005). Penser par cas. Raisonner à partir de singularités. In *Penser par cas* (p. 9-44). Éd. de l'École des hautes études en sciences sociales.